

Alfredo Serrai, PHOENIX EUROPAE. JUAN CARAMUEL Y LOBKOWITZ IN PROSPETTIVA BIBLIOGRAFICA

Milano: Edizioni Sylvestre Bonnard, 2005

[Reseña]

Llega esta monografía de Serrai muy a tiempo de celebrar los cuatrocientos años del nacimiento de Caramuel (1606-1682) pero lo hace con una advertencia grave: «la figura erudita e culturale di Caramuel ha ancora bisogno di venir definita, prima ancora che precisata» (pág. 167). No es de extrañar en un polígrafo cuya herencia literaria, además de ingente, está todavía por delimitar en sus minuciosas variantes textuales y en el censo canónico de su producción, que abarca toda suerte de materias y aparece bajo nombres diversos. La necesidad de un repertorio bibliográfico que describa la estructura, la composición y la presentación editorial de su obra es, pues, un requisito previo, acaso el más complejo de elaborar, para conocer el pensamiento de Caramuel, su organización y su evolución. Sin duda es el modo menos diletante de abordar el estudio de un legado acusado secularmente de falta de rigor. Sobre Caramuel pesan todavía los juicios adversos y prestigiosos de Leibniz o Pascal. Una inercia injusta ha prolongado por enciclopedias y compendios biográficos las condenas: «Caramuel habet ingenium ut octo, eloquentiam ut quinque, iudicium ut duo», por ejemplo. Esta censura distributiva la dejó escrita Adam Adami en 1648 y casi coincide con otro dictamen del cardenal Fabio Chigi (futuro Papa Alejandro VII) que juzgaba el genio de Caramuel incompatible con la porción de buen juicio y prudencia que sería deseable. Son ecos aún latentes en sentencias firmadas por críticos de formación tan sólida como Menéndez Pelayo, que le acusa de «espíritu errático y vagabundo», de ingenio dado «a raras especulaciones». Condenar así a Caramuel es negar la esencia de su obra, cuya impronta es la infatigable actualización y la reelaboración continua de sus contenidos. La impresión que transmite su pensamiento es la de un sistema abierto que no deja de evolucionar con cada nueva entrega editorial. Pero la evolución no es necesariamente un vagabundeo.

La obra de Serrai es un paso decidido en el camino de rehabilitación intelectual del pensamiento caramueliano, particularmente explícita en el capítulo 3 («Studi su Caramuel»). *Phoenix Europae* –el título es emblemático de las intenciones que inspiran este libro– nos brinda una guía bibliográfica y una defensa de la honestidad de Caramuel en diversas disciplinas, especialmente en el campo de la Teología. Nuestro hombre fue sospechoso de heterodoxia entre sus contemporáneos porque, entre otras inclinaciones entonces discutibles, los procedimientos deductivos del cisterciense eran más afines a los métodos científicos que a los hábitos dogmáticos de prolongar la doctrina de las autoridades consagradas. Caramuel fue un hombre ecléctico y plural y el libro que le dedica Serrai comparte ambos rasgos al ofrecernos un recorrido tanto temático por el pensamiento de Caramuel, que deriva en una guía sobre su recepción crítica desde su siglo hasta el nuestro, como un intento de sistematización bibliográfica de su vasta producción. El origen del libro era acaso menos generoso y, fiel a la serie de ‘Bibliotecas privadas’ en la que se inserta, se imponía la reconstrucción de la librería particular de Caramuel, adquirida tras su muerte por Lorenzo Trotti, obispo de Pavía. La

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 45 (abril-junio, 2006)

ausencia tanto del catálogo como del documento de venta inclinó este estudio hacia el otro frente bibliográfico, el de la producción literaria de Caramuel, un campo, en palabras del autor, «né sufficientemente esplorato né congruamente descritto» (pág. 18).

Con todo, no se abandona fatalmente el propósito inaugural. En la exposición de las principales líneas del ideario filosófico de Caramuel, Serrai ha tenido la ocasión, siquiera tangencial, de reconstruir esa biblioteca particular hoy perdida o dispersa del erudito español. Y quisiera insistir aquí en algo elemental pero lamentablemente poco común en numerosos estudios dedicados a calibrar el pensamiento de Caramuel. Solo la lectura directa de su obra nos permitirá avanzar, libres de prejuicios y opiniones heredadas, en su conocimiento. Leer efectivamente a Caramuel –no citarlo de segunda mano– supone también enfrentarse, con el mismo rigor, a las fuentes bibliográficas que nutren su especulación. Hacerlo conlleva el beneficio de documentar sus lecturas –una suerte de postulación virtual de su biblioteca– y en el caso que nos ocupa la recompensa de dar con un pasaje donde el propio autor remite directamente a un listado de libros manejados procedentes de su colección personal, una declaración incluida en su *Theologia Moralis Fundamentalis* (MDC.LXXXIV): «Multos possem producere, si liber et Bibliothecas alias examinare: perlustrabo meam, & quidquid occurrat dignum notatione explicabo». A partir de esta confesión, Serrai satisface el propósito inicial de su libro y llega a postular una treintena de obras de teología moral que formaron parte de la librería particular de Caramuel (págs. 79-84). Por suerte, una buena parte de su legado manuscrito, correspondiente tanto a obras impresas como inéditas, no procede de inferencias y se conserva en L'Archivio della Curia Vescovile di Vigevano. Desde que Velarde Lombraña [Juan Caramuel. Vida y obra, Oviedo: Pentalfa, 1989] publicase como apéndice de su obra ese listado, no ha habido intentos de mérito por catalogar y, especialmente, por relacionar el contenido de las cartas manuscritas que forman parte de esa colección con la obra impresa de Caramuel. Serrai anuncia por fin la redacción de un índice detallado de ese fondo documental a cargo de Emilia Mangiarotti.

La organización de la bibliografía caramueliana, meritoriamente emprendida en esta monografía, es tarea francamente ardua (véanse al respecto págs. 12, 146 y 166-169). La primera dificultad es sencillamente de cómputo. De algunas de las ediciones que él menciona en sus diversas autobibliografías –publicó hasta siete, de las que merece destacarse la de 1652 para el conocimiento de su obra inédita– no hay evidencias documentales. A esta precariedad debe añadirse el hecho de que las sedes editoriales donde vieron la luz sus obras son en muchos casos modestas, cuando no creadas por el propio autor con sus recursos y, por tanto, carentes de repertorios tipobibliográficos que faciliten un censo. A la variedad de los centros de origen y producción editorial dispersos por Europa (Países Bajos, Francfort, Colonia, Viena, Praga, Roma, Campagna, S. Angelo y Vigevano) se añade la condición abierta de la obra de Caramuel, que no suele renunciar en cada reedición a añadir materia nueva o a reelaborar la ya publicada, cuando no a imprimir independientemente y con título distinto, obras que en origen no eran sino partes de otras. Todo lo cual propicia la aparición de no pocos fantasmas bibliográficos que un trabajo como el de Serrai contribuye a denunciar. Por último: las tiradas de sus ediciones no fueron altas, una circunstancia que unida al elevado número de iniciativas tipográficas de Caramuel y a la falta de conexiones entre las distintas sedes editoriales en las que publicó a lo largo de casi cincuenta años de ejercicio, hacen difícil la consulta de su obra, que a menudo

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 45 (abril-junio, 2006)

consiste en libros raros preservados como material especial en las bibliotecas y nunca en representación significativa de su legado intelectual, que comprende unos ochenta títulos (sobre las posibilidades y límites del cómputo véanse las observaciones incluidas en págs. 146-7 y los capítulos 16-17 del libro).

Serrai comenta cada una de las autobibliografías y expone sus aportaciones particulares. Además las publica, de manera que, por primera vez, disponemos ordenada e íntegramente de la documentación bibliográfica dispersa que el propio Caramuel nos dejó de su producción. Con esta herramienta se comprende mejor el propósito de conocimiento universal y su ordenación que el cisterciense procuró desde muy temprano. Conviene insistir –y Serrai lo hace– en que sus publicaciones no son caprichosas sino parte de un plan general del conocimiento objeto de continua revisión bibliográfica por parte de su autor.

El apartado bibliográfico de *Phoenix Europae* se completa con siete listados (distinguidos con las letras A-G) cuyo intento es establecer «una serie cronologica di tutte le edizioni che si riferiscano ad una o più delle opere caramueliane, purché siano state pubblicate insieme in forma unitaria» (pág. 168). De los ejemplares examinados físicamente se ofrece localización y signatura. La enumeración cronológica que constituye la lista A se completa con las otras, que se organizan del siguiente modo: títulos procedentes tanto de referencia bibliográficas como de las autobibliografías (B); títulos de obras no localizadas y acaso hipotéticas (C); títulos de obras editadas (D); títulos de obras inéditas (E); ediciones ordenadas por lugar de impresión (F) y ediciones ordenadas por fecha de publicación (G). Las relaciones establecidas entre los listados, especialmente entre A y B, y las posibilidades de acceder a la ingente bibliografía caramueliana con criterios selectivos (delimitación del corpus de títulos frente al de ediciones), cronológicos y geográficos permite abordar de forma integral la producción editorial del cisterciense. El trabajo de Serrai prolonga el intento anterior –y francamente valioso, sobre todo por el acopio de bibliografía crítica–, emprendido por Jacob Schmutz (www.ulb.ac.be/philo/scholasticon/bibcaramuel.html). Incluso tiene sus deudas con la organización temática de esa página. Pero va más lejos en la depuración y precisión del legado editorial de Caramuel. La de Serrai es hasta la fecha la guía bibliográfica más completa y fiable de que disponemos para adentrarnos en la insidiosa producción literaria del polígrafo español.

Phoenix Europae es una herramienta utilísima para el investigador porque concilia la información bibliográfica con la crítica. Ni siquiera descuida la vocación documental. El repaso temático que se ofrece por el pensamiento de Caramuel está ilustrado con abundantes pasajes originales. Las citas de primera mano, derivadas de la lectura directa de los textos, son el hilo conductor de buena parte del libro, la parte dedicada a exponer los rasgos fundamentales que conforman el perfil intelectual, doctrinal y metodológico del autor de la *Theologia Moralis*. Los dos apéndices finales del libro (págs. 422-456) son otra prueba de esta inclinación por el documento. Un controvertido episodio en la historia editorial del Probabilismo le sirve a Serrai tanto para ilustrar el contexto ideológico en el que Caramuel desarrolló sus ideas como para aportar documentos definitivos que aclaran la historia editorial de una edición condenada: el *Tractatus de recto usu opinionum probabilium* (Dillingen, 1691) del padre Tirso González de Santalla.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 45 (abril-junio, 2006)

La pluralidad de intereses temáticos que la obra de Caramuel sugiere es responsable de que las secciones de Serrai parezcan un tanto caprichosas o descompensadas (cfr. «Il probabilismo» vs. «L'atteggiamento político», por citar un caso evidente). Tampoco se es ajeno a una sensación que con frecuencia padece el lector de los libros de Caramuel: la de que no se acaba de dominar la estructura del discurso ni su disposición. La obra que entrega Serrai tiene su razón y su orden pero no está exenta de meandros y fatigas que hacen laboriosa la lectura; algo del laberinto debe al propio pensamiento de Caramuel y a su recreo en estas páginas, pero el aspecto gráfico del libro – especialmente el aparato de notas y la tipografía de las citas insertadas en el texto– tampoco contribuyen a aliviar al lector.

No es menos arduo organizar la bibliografía caramueliana que catalogar su pensamiento. Si los criterios de selección temática no siempre resultan claros, no debe negarse a Serrai la honestidad de su empresa, perceptible desde las declaraciones contenidas en su «premesa metodológica» (pág. 17-21). A esta virtud debe agregarse la capacidad de alentar con su trabajo futuras investigaciones que ya se inician en estas páginas. El subtítulo del libro incluye la palabra «prospettiva», y como tal se presentan algunas posibilidades abordadas que esperan por su definitiva solución. Todas tienen su deuda con las inclinaciones bibliográficas que inspiran el libro y la vocación del autor: la biblioteca personal de Caramuel, las bibliotecas de las que fue huésped, su iconografía, las obras dedicadas y las censuras que dejó escritas para aprobar libros ajenos... El elenco de seguidores y rivales de Caramuel que cierran este libro es otra invitación a considerar su recepción crítica de forma ordenada y, según las lecciones de Serrai, tras pacientísimas lecturas.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 45 (abril-junio, 2006)